también de este color, y, sobre el pecho de la casaca, "un escudo de oro con el Divinísimo". Tan plausible pareció a los buenos habitantes de México esta asociación, que en seguida se agregaron a los primeros cofrades muchísimas personas principales y tenemos a la vista una larga lista en la que se leen, entre las que figuran como cocheros, los nombres de los Marqueses del Valle de la Colina y de Ciria, los Condes de la Presa y de la Torre Cossío, don Juan Gómez de Parada, don José López de Peralta de Villar Villamil, el licenciado don Francisco de Verdad y Ramos, y, entre los lacayos, los Marqueses de Guardiola, de San Román y de San Miguel de Aguayo y don Gabriel de Yermo, con otros muchos que hoy son históricos.

Se recordará que todos los años solían llevarse en procesión al Santísimo para que cumplieran con el precepto de la iglesia los reos que se encontraban detenidos en la cárcel del Arzobispado. Con este motivo adornábanse las calles del palacio arzobispal, Santa Teresa y Escalerillas, que debía recorrer la procesión, y en ésta, según vemos en el diario de Castro Santa Ana, tomaban parte los cocheros del Santísimo.

"Componíase la procesión —dice— del crecido número de los hermanos de la Cofradía de los Santos Angeles, que a su Majestad acompañan de noche, con velas y ramos de flores, y con las mismas seguían gran parte del clero, familia de su Ilma, música de la Santa Iglesia, sus curas, llevando el más antiguo a su Majestad debajo de palio, llevando las varas los caballeros cocheros vestidos de uniforme: seguía la infantería del real palacio, y después tres estufas de su Majestad, cada una con sus mulas y dos caballeros cocheros; hallábanse las calles pulidamente aderezadas con vistosos arcos y regadas de flores".

Con las Leyes de Reforma cesó esta cofradía, y es de lamentarse que en los modernos tiempos no haya émulos de aquellos jóvenes que, no por ser grandes de la tierra, desdeñaron servir en tan humilde manera al Rey del Cielo.

BENDICION DE BANDERAS

Bajo el reinado de la casa de Austria, vivió la Nueva España sin más tropas permanentes que la Compañía de Alabarderos de la guardia de honor del Virrey, creada en 1568, y compuesta de un capitán, un subteniente, tres cabos y veinte plazas; y más adelante, dos Compañías de Palacio; pero con el advenimiento de los Borbones

en 1700, empezaron a cambiar las cosas, formándose, entre otros, los cuerpos veteranos y las milicias provinciales.

El 6 de enero de 1703 — según Robles—, admiráronse los buenos habitantes de la Ciudad de México de ver salir "los soldados de Palacio vestidos de paño azul con las mangas encarnadas y medias del mismo color, y sombreros de tres picos, al uso de Francia, y lo mismo el Capitán, Alférez y demás cabos y alguaciles de la guardia".

Sesenta y cinco años más tarde, se enviaron de la Península unos diez mil hombres para reprimir los motines ocasionados por la expulsión de los jesuítas, así como para atender a la defensa del reino, en las contínuas guerras con Inglaterra. Pertenecían estas fuerzas a los Regimientos de Saboya, Ultonia, Zamora, Guadalajara, Castilla y Granada, y como los uniformes de todos ellos eran blancos, variando solamente el color de las vueltas, se dió en llamar a los soldados en general "blanquillos", mote que duró por algún tiempo.

Entró de plano el elemento militar en la vida social de México en el siglo XVIII, prestando mayor lucimiento a fiestas civiles y religiosas, y haciendo muy codiciado de la juventud de entonces el título de oficial de aquellos cuerpos. Una de las fiestas que más llamaban su atención, era la Bendición de Banderas, acto que se verificó por primera vez en México, el 5 de abril de 1785.

Ese día, reinaba grande expectación desde las primeras horas de la mañana, y a eso de las nueve, salieron de su cuartel, situado en donde está hoy el de Zapadores, dos batallones de Granaderos de Zamora, quienes marcharon "con los Gastadores al frente, llevando las banderas viejas", hasta el Cementerio de la Catedral. Allí hicieron alto, se tendieron para esperar al Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, y tan luego como llegó éste, entraron detrás de él al templo, yendo delante todos los oficiales, la música y una compañía de infantería, sin armas.

Llegados que fueron al altar mayor, revestido el Arzobispo con todos los atributos de su dignidad y ocupando un sitial bajo dosel, abatieron las banderas y el Prelado con la mayor solemnidad las bendijo, después de lo cual "las ocultaron".

Acto continuo, tomaron los cuatro abanderados las nuevas, y pusiéronlas en manos del teniente coronel, dos capitanes de Granaderos y el más antiguo de los Fusileros, quienes a su vez las pasaron al Arzobispo para que las bendijese, lo cual ejecutó como antes. Dada la bendición, volvieron por el mismo conducto a las manos de los abanderados. Pusiéronse éstos y la oficialidad de pie en las gradas del altar mayor, y dió principio la misa solemne, oficiando de pontifical el señor Núñez de Haro. Al cantarse el Evangelio, pusiéronse los oficiales los sombreros y sacaron las espadas en alto; y a la Elevación "tocó el golpe de Música del Regimiento".

Terminada la misa, salió del templo toda la tropa en el mismo orden en que entrara y tendióse de nuevo en el Cementerio, a fin de recibir las banderas nuevas. El teniente coronel pronunció una oportuna arenga, exhortando a los soldados a defenderlas "hasta perder la última gota de su sangre", e hízose una descarga general.

Entonces salió del templo el Arzobispo, con una numerosa comitiva, precedido de su crucero; revistó a la tropa y regresó a su palacio, con lo cual se dió por concluído el acto, retirándose los Granaderos y demás soldados a sus cuarteles.

En la Nueva España (como acontece hoy en las monarquías europeas) las prácticas militares estaban íntimamente ligadas con las religiosas: cosa lógica, a nuestro juicio, porque la Historia ha demostrado que nunca estuvo reñida la Espada con la Cruz.

LOS PASEOS

Con pocos sitios contaba la antigua Ciudad de México, para solaz de sus pacíficos moradores. Las extensas plazuelas, ayunas de césped y de árboles, ostentaban como gala, cuando más, una triste pila con poca agua o seca del todo; de manera que aquellos sitios eran de poca atracción para el pueblo y de ninguna para la aristocracia. Cuando ésta apetecía recrear la vista con prados o flores, buscábalos por el rumbo de la Viga o por el de San Cosme y la Tlaxpana. Allí sí había extensas huertas y amenas casas de campo, apellidadas en aquellos tiempos "de placer", descollando entre ellas la del Marqués del Valle, situada en lo que es hoy Panteón Inglés. A ellas acudían los grandes señores de aquella época, cuando el tiempo o sus quehaceres les impedían emprender más larga caminata a San Angel o San Agustín de las Cuevas.

Prestábanse, por otra parte, las "casas de placer" a algunos abusos. En una información del año de 1556, depuso un testigo que "muchas personas se iban a las huertas desde la mañana hasta la noche y muchos dellos sin oir misa, y otras personas estaban tres y cuatro días en sus regocijos y pasatiempos, sin tornar a la ciudad, donde se hacían ofensas a Dios nuestro Señor"; y que "vió ir mucha gente a las huertas, así hombres como mujeres, y a ellas llevar muy buen repuesto de comida y cena, donde en algunas partes que este testigo se halló, vió jugar y hacer otros excesos".

Aunque bastante más lejos que la Tlaxpana, Chapultepec también atraía a los buenos vecinos de México, sobre todo cuando llegaba un nuevo Virrey a albergarse en ese histórico y hermoso sitio, antes de hacer su entrada pública en la capital. Al pie del cerro había una casa pequeña que solía engalanarse en estas grandes ocasiones, y así vemos que, cuando el Arzobispo Ortega Montañez iba a entregar el virreinato al segundo Duque de Alburquerque, en noviembre de 1702, dispuso en ella el alojamiento del magnate y, en los días anteriores a la llegada del Virrey, era diversión de la ciudad ir a ver esos preparativos. La casa -dice Robles-, "estaba ricamente colgada y adornada, y entre otras preseas ricas había dos escritorios embutidos de plata, muy curiosos, tan altos que llegaban a las vigas y tenían dos

varas de ancho, y estaban apreciados en 15,000 pesos. Estaba cercada la plaza de toros; había en ella muchos puestos de frutas y cosas comestibles y cocineras, los tablados pintados, aguas y dulces, y gran concurso".

Gemelli Careri escribe que cuando visitó México, fué a Chapultepec con varios amigos en una carroza tirada por cuatro caballos y que le recordó el paseo el "Castillo de Emaus", por la variedad de figuras a pie y a caballo, llamando mucho su atención que varias damas cabalgaran en ancas con sus caballeros.

Fué el benéfico Virrey don Luis de Velasco II el primero en comprender que la Ciudad de México necesitaba un paseo público, y al efecto fundó la Alameda. Pero no se crea que el primitivo parque de este nombre tuviera entonces la extensión que hoy mide. Era la mitad apenas, terminando frente a la iglesia de Corpus Christi, pues entre el parque y el Convento de San Diego existía una plazuela de tristísimo aspecto, llamada "El Quemadero", por el uso a que estaba destinada. Ya fuera por tan desagradable vecindad o por otras causas que ignoramos, el caso es que la Alameda quedó abandonada por muchos años, hasta que, destruído "El Quemadero", se prolongó hasta cerca del convento mencionado durante el Go-

bierno del Marqués de Croix. Mucho empeño tuvieron los Virreyes en mejorarla, como lo demuestra el hecho de que en 1727 fué electo "Alcalde de la Alameda" en el Ayuntamiento, el Virrey Marqués de Casafuerte, con el ánimo de dar mayor impulso a dichas mejoras; pero fué debido al segundo Conde de Revillagigedo que este parque llegó a ser tan ameno y apreciado en las últimas décadas del siglo XVIII. Guardaba en esa época la misma disposición de calzadas que hoy en día, pero contaba solamente con cinco pilas o fuentes, situadas, una en el centro, y las otras en la intersección de las calzadas diagonales. Denominábanse éstas, por los adornos que ostentaban: la del Nordeste, de Ganimedes; la del Sudeste, de Arión; la del Noroeste, de Hércules; y la del Suroeste, de Tritón; y la de en medio, cuyo brocal, según Sedano, estaba adornado con "estatutas y perros de agua", tenía en el centro, sobre una pirámide, una estatua de "Glauco pescador", de dos varas de alto, con su red al hombro en equilibrio moviente, como si fuera a caerse al agua. "Cercaba la Alameda -dice el doctor Marroquí-, un muro de piedra de dos varas de alto, con pilastras de mampostería distribuídas a iguales distancias, para sostener una reja de encino pintada de verde, que llenaba los claros", y por la parte inferior de este

muro corría un asiento de cal y canto defendido de los coches por una hilera de árboles y una pequeña zanja regadora; porque, a diferencia de hoy, los carruajes entraban a la Alameda. Había una entrada en cada ángulo y otra en medio, frente a Corpus Christi, cuyas portadas coronaban las armas reales.

Se puso muy de moda este paseo en tiempo de los primeros Condes de Revillagigedo, en cuyos días de Santo había "crecido y numeroso concurso", y no decayó durante el gobierno de su sucesor, el Marqués de las Amarillas, quien con sus esposa concurría muy a menudo, sobre todo en carnaval.

En julio de 1785, se proclamó por bando el "Reglamento de Coches" —si así podemos llamarlo—, para la Alameda. Ordenábase que por cualquier puerta que entraren, tomasen su izquierda, "arrimando la silla a los árboles, lo que buenamente pudiesen". Recuérdese que en aquellos tiempos los coches no tenían pescantes, sino que los cocheros iban montados en la mula o caballo, que por tal motivo llamaban "de silla", y los lacayos de pie en la tablilla posterior de las carrozas o estufas.

En la esquina Suroeste debían dar vuelta "para que todos los concurrentes se vean con como-

didad y frecuencia", y se prohibía que ningún coche "se parase en la ruta, porque inmediatamente quedaría interrumpido el Paseo, con incomodidad de todos".

Para mayor lucimiento, al mismo tiempo que para conservar el orden, se dispuso en 30 de agosto de 1791, que todos los días de fiesta, a las cuatro de la tarde, estuvieran de guardia un oficial, un sargento, dos cabos y dieciocho granaderos "con sus gorras", y centinelas en las puertas y postigos para impedir la entrada a "toda clase de gente de mantas o frasadas, mendigos, descalzos, desnudos, o indecentes". Dos patrullas, cada una de un cabo y cuatro hombres, habían de hacer la ronda en el interior del paseo, al cual permitíase la entrada no sólo a carruajes, sino a peatones y "caballos ensillados con silla Brida o Baquera, siempre que vayan montados por gente decente", así como a los vendedores de dulces y "otros comestibles", pero "vestidos y calzados". Como se ve, se tenía especial empeño en que la concurrencia fuera lo más selecta posible.

Más moderno que la Alameda fué el Paseo de Bucareli, denominado así por haberse estrenado durante el gobierno de este Virrey, el 8 de diciembre de 1775. Ocupaba el mismo trayecto que las modernas calles de igual nombre, pero adornábanlo cuatro hileras de árboles, en su mayoría fresnos, álamos y sauces, y a cada lado corría una
acequia. En una glorieta, se hallaba una espaciosa fuente, cuyo centro consistía en una pirámide de dieciséis varas de alto, rematada con las
armas de la Ciudad, y rodeábanla dieciséis postes
con cadenas. A la entrada y salida del paseo había "en cada una seis columnitas aisladas de cosa
de dos varas de alto por media de diámetro, de
una sola piedra, labrado su fuste a semejanza de
las salomónicas, sin serlo, y en su capitel talladas
cuatro cabezas de leones; las de la entrada tenían, de la una a la otra, cadenas de fierro".

Por las calles laterales transitaban los peatones y junto a la acequia los jinetes; por las interiores los coches, y por la del centro la carroza del Virrey, debiendo entrar cada cual por entre las columnas que le correspondían. Solían estacionarse los coches en la glorieta y los jinetes y peatones tenían la obligación de detenerse cuando pasaba el Virrey. Como en la Alameda, servían de policía los Granaderos y tanto en aquel paseo como en el de Bucareli hacían al Virrey y al Arzobispo los honores correspondientes.

Las disposiciones que para guardar el orden se dictaron, se publicaron en la Gaceta de México 156

Otro paseo hubo, en las postrimerías del Virreinato, denominado "de Azanza", por el Virrey de ese nombre; pero no alcanzó el favor de la sociedad, debido seguramente a su lejanía —la Garita de la Piedad—, y puede decirse que murió al nacer.

EL GRAN MUNDO COLONIAL